



LAS BOTCHAS

Por J. PRAT COLOMER

Hay quien opina que es una verdadera lástima que todo vaya sucediendo con esta asombrosa rapidez. Pero es que el tiempo no se puede parar... ¿Dónde se encuentran, dónde están ahora aquellos grupos de obreros y menestrales aficionados otrora al juego de *les botxes* cuando los días de fiesta?. En 1865 esta pregunta hubiera sido un clarín de protesta, pero en nuestros días con la extensa gama de diversiones, de snacks, de televisión, de boites, ya sería salada la pregunta. En la actualidad, a excepción del fútbol y los toros, desconocemos otras diversiones al aire libre de sano ejercicio que no sea respirar tufo de bebidas al unísono con el baile de naites; a saturarse con la pesada atmósfera de un *mezquino* salón alternado con fichas y apuestas; o a consumir otro día después de los seis amadrigados en los respectivos tabucos de talleres y fábricas.

Los del tiempo aquel de *les botxes* no pensaban de nuestro mismo modo... Después de la reclusión semanal, buscaban la libertad y el esparcimiento absoluto. El día de fiesta era para ellos como la válvula de expansión por la que se expelían los males-humores de la semana. Anhelaban el aire y el sol y el ejercicio. Añoraban el embellecimiento de la naturaleza y, unos

con *forades* y otros con *las botxes*, restauraban sus pulmones, reconstituían su organismo, fortalecían y renovaban su cuerpo. Gente que tenía un ideal y miraba este futuro que nos han legado, basado en la libertad del cuerpo y en aquellas aficiones tan parecidas a las de los antiguos pueblos que adquirirían el vigor necesario para seguir adelante en sus empresas.

Pero los hombres han cambiado. Vivimos bajo la influencia de los temperamentos exóticos; hemos perdido sanas costumbres y admiramos el folklore dentro una vitrina de museo. Han desaparecido los juegos al aire libre que absorbidos por los adelantos modernos los han tirado por la borda, quien sabe si hasta desmedrando el carácter convirtiéndonos con sus extravagancias en Carnestolendas.

Tal como se pierden las aleluyas entre la gente joven, han desaparecido entre mayores las *bales a fer caure pessos*; las *bitlles* (bolos) y el *tranquil*. También ha mermado, en lógica consecuencia, el juego de *les botxes*, no precisamente en nuestros días, sino de bastantes lustros. Los partidos que mucho antes podían presenciarse desarrollados a lo largo de un camino, en espera de urbanización, con el cercado de algún terreno por censar —en el que hoy existe un bloque de grandes viviendas y hasta una gran avenida iluminada fluorescentemente— proclaman su decaimiento muy a las claras. Ya por entonces decaían aires y empuje, estudio o trazas que minaba la solera en los jugadores. *Arramban* a la buena de Dios, sin pararse, en los accidentes del terreno; *embotxan* a ojo de buen cubero, a tocar pieza, de suerte si la acertaban, sin ingeniarse y parar mientes en hacer largo o corto, sino trucando para asegurarse tantos y así de esta forma rutinaria y chapucera, sin codicia ni acierto en la ejecución, ni respeto a la neutralidad del *rotllo*, desconocedores unos, del *sobre mà*, del *alta i morta* y de la *encarada*, del *mitg cop*, del *cop i segon*; o de *l'escapsament*, *bola plena i carambola* los otros, hasta dejarlo casi por liquidado, en contra del uso y precisión que los de la centuria pasada realzaban el juego de botches hasta convertirlo en parejo del billar.

Un comentarista de costumbres regionales, Juan Pons y Massaveu, en un artículo aparecido en 1892, decía sobre este tema exactamente esto:

Cal reparar sols ab las bolas pera convencers del agonitzament del joch de las botxas: esberladas, botarudas, escarransidas... sens que s'en veja en cap aplech ni un parell sisquera de parionas. Si en Pau ó en Ton resucitessen...ay; Senyor!... ans que jugar ab semblants tras tos las rebaterian contra muralla!...

Entonces en aquel tiempo *d'en Met*, *del Llarg*, *d'en Flores*, *del Xacolater*, *dels Rajolers i d'en Mans de Plata* por no citar otros de tanta o más solera, en cuando al juego de botchas tenía toda su euforia. Yo había ido con mi bisabuelo, que amante del juego me había hecho admirar a aquellos hombres durante las cortas temporadas que mis padres me dejaban en la casa solariega de mis antepasados.

Después de la siesta se aliñaba a su manera, digna de un octogenario —para no variar en días laborables, paletó café con leche y sombrero de copa, con un gran pañuelo a cuadros en su interior—, recogía su bastón-cayado, arrimado siempre al dintel de la gran puerta de entrada, como un centinela a la puerta principal de un cuartel, y, alargándome o tomándome de la mano, detalles que por más que deseo no puedo precisar ahora por tanto tiempo transcurrido:

—*Cap ahont anirem?*— me decía, con la satisfacción del hombre que sabe ciertamente cual es su deseo.

Como mi voto, unas veces por el viento, otras por el sol y otras por el aire, era nulo por completo, me dejaba conducir pacientemente y siempre hasta alegremente, porque el caso era salir de las grandes salas de aquella casa, la que a mi edad todo respiraba a fantasmas, derecho donde el bisabuelo quería —que *de pich ó de retop* era a la explanada, contentándome solamente en preguntarle:

—*I per a berenar, qué menjaré, yayo?...*

—*Ja en trobarem... ja en trobarem...* me contestaba por toda respuesta traspasando las escalinatas que desde el jardín daban acceso a la mansión. Seguíamos calle abajo, en dirección a la plaza Mercadal. Compraba manzanas o peras y excepcionalmente naranjas —una por barba— y siempre, pero siempre chufas de la Riba. *Xuflas*. Chufas: ¡Qué mal suena!... Uf!, ¡Era horrible! Colocaba aquello dentro del pañolón a cuadros y después del sombrerazo a la vendedora, seguíamos por el Parque hasta el Paseo del General, donde en un banco cerca el estanque nos entreteníamos con los cisnes, mientras comíamos una fruta y enseguida al *passeyo*. En el

passeyo siempre encontrábamos algún amigo del *yayo* con el que había hecho la milicia en el año ocho y después de sacudir el polvo del banco y sentarnos —siempre de espaldas al paseo— entablaban siempre la misma conversación... conversación de todos los días... conversación que me sabía de memoria y que aguantaba con paciencia porque me compensaba la marcha de todas las tardes. Marchar, correr, huir, lejos, fuera de aquella mansión que me tenía acongojado: ...los franceses ...las malditas huestes napoleónicas ...el año ocho ...el paso del Llobregat ...el asal-

to de las murallas ...Gerona ...Esparraguera ...episodios que relataban con calor y coraje, parpadeándoles los ojos, brillantes como si se encontrasen en aquellas gestas, frescas aún en viejísimas memorias y cuyos planes de batalla y posiciones, describían en la arena con la contra de sus respectivos bastones.

Mi bisabuelo, que era el más aficionado a las botchas, de vez en cuando miraba de reojo la explanada. Era aún temprano. El sol de la tarde caía como una espada de punta, convirtiéndola en un inmenso espejo, en un lago de fuego limitado por márgenes llenos de matorrales y ortigas y acafeos de bruja urente. Más allá al final, al borde de unos árboles, entre sus sombras escasas, esperaban *el grabat* y *el Ros* entre sus capazos. Agua y anís el primero y el segundo el amo de las botchas que conocedores de que se acercaba la hora se preparaban para el trasiego.

Justo el sol dejaba de chispear como rotura de cristales, se oían voces en la explanada... pisadas... movimiento...

—*Ja hi som!...* —decía el bisabuelo.

—*Ja se n'ha format un!... Vejam... Vejam quin partit és, ¡Bé els ha costat prou!... ¡Acostems-hi?*

Y mientras los iniciadores de aquel partido, seguidos de algunos impacientes mirones y del chico "*amb el cabàs i les botxes*" siempre a su vera, sombreaban con sus siluetas aquella mar de luz de la explanada, el "*yayo*" y yo cogido a su paletó, seguíamos con ilusión a los jugadores, comentando sus regateos, imponiendo "*l'avi*" las condiciones como un árbitro y aventurando los juicios del juego.

Ya eran tres los partidos... cinco... siete... ocho... Unos “*mano a mano*”; otros “*dos a dos*”, por anchoas y vino; de peseta la partida los buenos, los ricos; todos con ansias de distinguirse, de competir, de luchar, de singularizarse, más por el importe de la apuesta, para el popular aplauso. Cada nuevo partido formaba un grupo de curiosos que iban apareciendo como si tocasen a rebato: peones, arrieros, trabajadores, comerciantillos, menestrales retirados con aires de propietario, una rastra pintoresca y abigarrada que se estrechaba alrededor de los jugadores, aumentándose como un muro. Dos horas después del primer partido, eran tan numerosos y concurridos los juegos, que parecía sino que a la explanada había ejercicios militares por un batallón de cazadores de montaña.

El abuelo esperaba las jugadas de los suyos, los buenos, los veteranos, los de la “*colla d'en Mans de Plata*”. Le gustaba el arte, el buen gusto, el talento y el ingenio en brega, porque aficionado en su juventud en aquel juego, práctico e inteligente en las jugadas, tanto o más que los sentidos ponía el alma.

Dar una explicación muy exacta de como se desarrollaban aquellos partidos de “*botxes*”, no sería demasiado difícil, pero sí que sería un tema excesivamente largo. Lo que puedo transcribir hoy es la fórmula del “*yayo*”, que de tanto oírlo, entre chufa y chufa que me largaba estando a sus espaldas, llegó a quedarme retenida con todo su sabor añejo.

“Consisteix el joc de botxes, en tenir apropiades al bolitx, després d'etjegar cada jugador les seves, el major número de boles possible. Per norma s'hi juga amb dotze: sis per bàndol que és distingeixen en blanques i negres. S'anomenant tantos les que després del joc són més a la vora del bolitx. Dotze tantos, generalment, son una partida. Espitregats els jugadors, bras nusos, llevada la gorra, suant arreu i encesos com una perdiu, es bellugan d'ací i d'allà, estudiant les jugades, guardant el terreny, recomptant els tantos tot tirant i fins i tot, reprement-se el torn amb esglaiadora lleugeresa. El seu cos, ara ajupint-se, ara aixecant-se, no reposava una estona. Si els contraris tenian avantatge, els endarrerits s'hi feien amb més empenyo. Deia l'avi: Quan no basta la destresa, recorre a l'astúcia.

—Apa, Met, que ja els tenim el peu al coll!... Vinga, Xacolater, que ja hi toques!... res atenció, Llarch, un esguerro teu, pot fer perdre el bolitx al Mans de Plata... Aquesta si que... granota fica't al cove!... Entre joc i joc, donava espai als jugadors per a remullar-se el garmelló amb l'aiguardent del “Grabat”, que l'anunciava als crits de “¡fresca!... ¡fresca!... ¡Qui vol beure?...”

La última temporada de presenciar las mismas escenas, de la mano de aquel bisabuelo “*un carlinàs de ciment armat*”; señalando con su bastón las primeras casas, aún muy lejanas, del ensanche, y refiriéndose al juego de “*les botxes*” de la explanada:

—“Alló, matarà aixó!...” me dijo, sin acordarse de Víctor Hugo.

Muy poco después fallecía. En el desfile fúnebre no faltaron los “*buenos*”, los “*suyos*” que como último homenaje, no rindieron su presencia, sino que sepultaron “*el cabàs i les botxes*” y “*el bastó*”, que tantas veces había servido para los tantos dudosos, en el mismo panteón.

Han pasado los años y la profecía ha resultado completa, los parques, las zonas verdes, las avenidas, tienen desterradas las botchas de la explanada. Las grandes construcciones las barrió de los glacia. Fueron saltando a solares cada vez más alejados, descarriados como palomos y como golondrinas sin nido, errantes como el mismo Judío, buscando un lugar, un trozo de tierra sobrante donde esconder su vergüenza o un menguado nicho para sepultarse.

(Premio Fòlklore Sara Llorenç 1960)